
CAPÍTULO I

Aquella mañana me levanté temprano. Por lo normal, madrugar es algo que me irrita muchísimo, pero aquel día en concreto estuve a punto de estampar el despertador contra la pared. Busqué mil y una excusas para no levantarme, traté de encontrar alguna manera de evitar lo que iba a hacer, pero no hubo forma: me quité las mantas de encima y puse los pies en el suelo. El destino es inevitable.

Ya se veía desde el principio que las cosas no iban a salir bien. El último día en mi precioso apartamento del centro de Madrid no me dejaría un buen recuerdo. Dejé correr unos segundos el agua de la ducha antes de meterme, como hacía siempre, para que después de una noche sin calefacción pudiera entrar en calor gracias al agua templada. Tenía calculado el tiempo necesario para que estuviera a la temperatura ideal, así que sin pensarlo me metí por completo (casi bucéé) en la tibia cascada que caía. O que debería caer: estaba helada. En ese momento ya no había solución posible, así que me lavé lo más rápido posible y salí en la mitad del tiempo habitual. Empezábamos bien.

Cuando por fin me sequé y dejé de temblar, fui a comprobar qué había pasado: la noche anterior había cerrado mal la caldera y se había estropeado la entrada de gas. Perfecto.

—No pienso hacer nada para arreglarlo, que se las apañe el dueño.

El frío me había hecho empezar a hablar sola. Estaba enfadada de verdad: llevaba tres años intentando hablar con él para que me arreglara varios asuntos del piso y no hubo manera. Ahora era su problema.

Sin calefacción y sin agua caliente, al menos tenía microondas para ponerme el desayuno. Pero no tenía nada para calentar: había estado una semana calculando la comida necesaria y comiéndome todos los restos que me quedaban por el frigorífico para no tener que tirar nada, pero había olvidado que el último día tendría que desayunar. La jornada mejoraba por momentos.

Así, con bastante hambre y aún sin notar los dedos de las manos ni de los pies, me vestí rápidamente y acabé de meter todo en la última maleta. El resto de ellas estaban ya preparadas para que los de las mudanzas se las llevaran junto con mis muebles: vendrían a primera hora de la tarde, mientras yo estuviera en el avión, y en un par de días estaría todo en mi nuevo piso. En principio nada tendría que ir mal, pero tal y como iban las cosas... mejor no pensarlo.

Pensé que me iba a derrumbar en el último momento, justo cuando salía con mi maleta y tuve que cerrar la puerta para dejarle las llaves a mi vecina. Bajé las escaleras lentamente, sin mirar la puerta ni una sola vez, y eché las llaves en su buzón. No había vuelta atrás, así que cogí aire con fuerza, me erguí cuanto me fue posible y salí con toda mi dignidad a la calle, incluso esbozando una pequeña sonrisa para darme ánimos a mí misma. Y en ese primer paso de mi nueva vida, con la vista al frente, pisé el charco más grande que he visto jamás.

Cerré los ojos y me mordí los labios antes de mirar el desastre: mis pantalones negros estaban empapados en agua sucia, tenía los zapatos como el delta del Ebro y enfrente había tres chavales de unos 15 años que empezaron a reírse como idiotas. En ese preciso momento fue cuando decidí que llamaría a

un taxi: no pensaba arriesgarme a ir en autobús. Mi torpeza innata era conocida entre mis amigos, pero hasta qué punto podía llegar era territorio inhóspito incluso para mí.

Cuando bajé del taxi al llegar al aeropuerto, me sentía bastante mejor. Llegaba con tiempo de sobra para desayunar algo antes de facturar, incluso aunque ocurrieran más percances. Si dejamos a un lado que tuve que correr detrás del taxi porque se llevaba mi maleta, el día parecía que mejoraba. Entré en la terminal y lo primero que hice fue averiguar mi puerta de embarque, asegurarme de la hora y apuntármelo todo en el teléfono.

Eran ya las 11 cuando estaba desayunando y leyendo tranquilamente el periódico. Me pregunté si allá donde iba habría diarios nacionales. La verdad es que no me acordaba prácticamente de nada de mi destino: dicen que la memoria entierra los recuerdos negativos, pero en mi caso los había ocultado mejor que los residuos nucleares de alguna central. Me deprimí al instante, así que miré con congoja mi último pedazo de bollo y lo aparté de mí.

—Perdona, ¿es que está malo? Si quieres te lo puedo cambiar.

Con desgana volví la vista hacia la voz que intentaba ser amable. Un camarero joven y bastante atractivo me miraba preocupado: mi sentimiento de asco debía de ser tan intenso que hasta se percibía físicamente.

—No, gracias, no es por el bollo. Es... No me gusta volar —atajé la conversación. No quería dar explicaciones al primero que me encontrara por la calle.

—Ah, vale, de esos se ven muchos por aquí. ¿Te planteaste el ir en tren?

—No fui yo quien compró el billete.

Fui tan seca y cortante que entendió el tono al instante. Sonrió una vez más y se alejó con calma. Suspiré, enfadada

conmigo misma: ¿no era capaz de ser amable? Era evidente que no. Comprendí a qué se refería mi madre cada vez que me decía «no me extraña que no te eches novio». Me enfadé todavía más, así que cogí mis cosas y me puse en marcha hacia la ventanilla de facturación.

No había nadie haciendo fila, así que miré al reloj: acababan de abrirla y yo debía de ser la primera en llegar. Muy contenta por primera vez en todo el día, me acerqué y puse mi maleta en la báscula. Pesaba exactamente 15 kilos, los permitidos para no pagar por exceso de equipaje.

—Vaya, parece que he tenido suerte —le dije a la empleada sonriendo.

—¿Suerte? ¿Es que te gusta pagar?

—¿Pagar? —no entendía nada—. Pero el límite son 15 kilos, ¿no?

—Claro —me dijo con irritación—, pero ahora cuando le ponga las pegatinas y se ajuste el peso definitivamente, lo más seguro es que se pase de lo permitido.

Me quedé mirándola con los ojos tan abiertos que parecían a punto de caerse rodando. No me podía estar tomando el pelo, no con el tono de mala leche que llevaba... Fruncí los labios con fuerza, abrí la maleta, saqué un par de zapatos y me los metí en los bolsillos del abrigo: 14,7 kilos.

—Hala, pues ya tiene, ponga hasta 300 gramos de etiquetas.

Y así me fui, con mi maleta facturada y mis zapatos en los bolsillos. Solo me quedaban dos horas de espera para montar en mi avión, por lo que cogí el libro que llevaba en el bolso y me senté justo delante de mi puerta de embarque.

Abrí los ojos sobresaltada. ¿Qué hora era? ¿Tenía que levantarme ya? De hecho, ¿qué día era? Mierda, el avión. ¿Se habría ido ya sin mí? Me erguí en mi asiento y busqué mi libro, pero ya no estaba.

Fue en ese momento cuando salí de golpe del atontamiento posterior a la siesta. Hacía rato que había embarcado, ya estaba en el avión y este iba a aterrizar enseguida: lo que me había despertado era la voz del capitán avisándonos a todos. Eso o el hambre, porque eran las cuatro de la tarde y no había comido nada desde el desayuno que había dejado sin terminar. Ya no había tiempo de pedir nada a las azafatas, así que fui cogiendo mis cosas para no tardar demasiado en el momento de salir.

Lo bueno era que no me había mareado. Lo malo, que el aeropuerto de Noáin es muy pequeño, así que ponen al avión una de esas escaleras móviles que llegan directamente hasta la pista de aterrizaje. Lo peor fue que, con las prisas por llegar a la cafetería y comer algo, me tropecé y caí prácticamente rodando unos cinco metros de escaleras metálicas. Para cuando me di cuenta, las azafatas me rodeaban, los pasajeros dudaban entre reírse y recoger mis cosas que se habían extendido por el suelo, y todos los que esperaban dentro del aeropuerto se partían de la risa. Acostumbrada a este tipo de golpes, y a pesar del dolor, empecé a reírme yo también. ¿Qué más podía hacer? Me levanté apoyándome en unas cuantas personas, cogí mis cosas de las manos de varios desconocidos y les di las gracias antes de encaminarme lo más dignamente que pude hacia el interior. Me sentía avergonzada, lo cual empeoraba las cosas porque me ruborizo fácilmente, y la pierna izquierda me dolía muchísimo. Mientras esperaba a que salieran las maletas solo podía rogar que no se hubiera perdido ninguna... porque seguro que sería la mía. Sorprendentemente salió enseguida, la cogí y fui rauda a la cafetería: estaba cerrada. De mal humor, me dirigí hacia la salida.

Y fue en ese momento cuando recordé lo único que me gustaba de Pamplona. De hecho, lo adoraba con todas mis fuerzas, y no supe cuánto lo había echado de menos hasta que volví. El viento, ese viento frío que da igual en qué época del

año te encuentres porque tienes que llevar una chaqueta en la mano por si acaso. De niña había ido a pasear miles de veces solo por el placer de notarlos en la cara, en el pelo, en las manos. Podíamos estar a cero grados, pero me desabrochaba el abrigo y empezaba a correr para sentirlo todavía mejor. Por primera vez en muchos días, sonreí sin darme cuenta. Pensé en coger un taxi, pero preferí esperar: el autobús que me llevaría a la ciudad iba a tardar unos 20 minutos, y ya que iba a encerrarme en mi calabozo personal por tiempo indefinido, quería disfrutar al máximo de mis últimas migajas de libertad.

Allí estaba, paralizada en mitad de la calle, en la acera de enfrente y mirando sin cesar a la puerta que a partir de ese momento iba a abrir y cerrar varias veces al día. No podía cruzar, y no era porque no hubiera paso de cebra: aparte de que nunca me ha importado, algo me impedía mover el pie hacia delante, y ese era el verdadero problema. Desde que me comunicaron que mi siguiente destino sería Pamplona, una pequeña astilla se me había anclado en el corazón y paraba su latido cada cierto tiempo, más o menos el tiempo que me costaba recordar a dónde iba. Recordaba a la perfección cuándo me lo notificaron: me dieron el billete, me dijeron qué sería lo que haría en mi nuevo destino y me enviaron otra vez a mi mesa para que descubriese la sorpresa sin posibilidad de quejarme. Tampoco podía hacer mucho, así que lo acepté sin más.

Y ahí estaba, aterrorizada por primera vez en mi vida. No era capaz de recordar la última vez que había sentido miedo: era una sensación que odiaba y despreciaba, y desde pequeña me había encargado de hacerlo desaparecer de mi elenco emocional. Pero aquí estaba, de repente y como si expulsara todas las fuerzas que llevaba acumulando durante años para estallar como un auténtico ataque de pánico. Empezaba a hiperventilar, así que me aferré al asidero de mi maleta de ruedas y apoyé en ella todo mi peso. Vale, no había tenido la mejor

infancia del mundo y lo había relacionado de forma irracional con la dichosa ciudad, pero mi familia siempre me había apoyado lo mejor que pudo y supo. No era normal que una persona adulta se estuviera comportando de este modo. Solo faltaba que alguno de mis nuevos vecinos estuviera mirando por la ventana para descubrir que la nueva inquilina era una loca sin remedio que no poseía ni pizca de autocontrol. Reuní todo el ánimo del que fui capaz y crucé la calle.

Tuve que soportar cientos, miles, millones de preguntas de la vecina que se iba a encargar de entregarme las llaves de mi nueva casa. Con ellas en la mano, me bombardeaba a cuestiones que según ella debían de ser interesantes. Más de una vez me dieron ganas de arrancárselas de golpe y dar un portazo mientras me marchaba dignamente. Pero en vez de eso, me quedé y aguanté el interrogatorio con una media sonrisa y un goteo incesante de monosílabos. Al final se percató de mi falta de interés por contarle mi propia vida, así que me liberó y salió corriendo, o al menos lo suficientemente rápido sin parecer maleducada.

Este encuentro hubiera sido totalmente improductivo si no fuera porque me hizo darme cuenta de que iba a pasar lo mismo con todos los vecinos. Como no estaba dispuesta a darles ninguna excusa, tomé una decisión. En cuanto llegué a mi piso dejé la maleta y, sin dar siquiera una vuelta para comprobar su estado, saqué un folio y escribí mi nombre con letras claras. Si lo ponía cuanto antes en el buzón, no tendrían que venir a preguntármelo, y como me acababa de mudar, tampoco me podían pedir sal, azúcar o mi ficha policial. Calculé lo que serían unos dos días de tranquilidad. Era cierto que no estaba siendo la persona más amable ni locuaz del mundo, pero tampoco me importaba. No estaba allí para hacer amigos.

Bajé las escaleras de dos en dos (por supuesto, no había ascensor) con mi cartelito en la mano. He de decir que soy bastante perfeccionista, así que me dispuse a colocarlo para que quedara exactamente centrado en su sitio. Estaba inmersa en conseguirlo sin doblarlo ni arrugarlo, tanto que no oí la puerta de la calle al abrirse.

—Así que... Julia —dijo alguien a mi espalda leyendo mi nuevo buzón. Pero lo dijo diferente, mi nombre no sonó como lo hubiera pronunciado cualquiera. Sonó especial—. Es un nombre bonito.

Me di la vuelta resignada: me habían cazado, no me iba a librar de al menos un vecino pelma más. Y me quedé sorprendida, no me esperaba algo así tan cerca de mí en mi primer día en Pamplona. Tenía frente a mí a un chico alto, de unos dos metros, pelo rubio corto y desgredado, ojos grises y dientes perfectos que comenzó a reír en cuanto vio que él no era lo que suponía que me iba a encontrar. Cómo no, me ruboricé hasta las orejas, y él rió todavía más con una carcajada fuerte y grave.

—Perdona, no quería asustarte. Me llamo Hans, y también soy bastante nuevo por aquí.

Me tendió la mano, y justo cuando iba a estrechársela, la apartó.

—Vaya, nunca lo recuerdo. Aquí os dais dos besos al presentaros, ¿no? Sois tan efusivos...

Así que se acercó decidido y lo hizo: un beso en cada mejilla. Me volví a poner roja como un tomate y él sonrió.

—Hola —me armé de valor y rompí mi silencio. Empezaba a parecer idiota y no podía empeorarlo con nada de lo que dijera—. ¿Eres de por aquí? Porque no tienes acento, pero tu nombre y tu... «aspecto»... te delatan.

—Lo cierto es que no. Soy alemán de madre española. De todas maneras, es curioso que me lo preguntes: yo podría decir lo mismo sobre ti.

Me quedé pensando: según como lo pronunciaras, Julia era un nombre en muchos idiomas. Además, con mi pelo castaño lacio, totalmente pálida, de ojos verdes y en bastante buena forma, era verdad que me confundían habitualmente.

—Sí, es cierto. Me suelen decir si soy inglesa, polaca, irlandesa... Pero soy de Pamplona. Hacía años que no venía, pero soy de aquí.

—Pues ha sido un placer, Julia. Si me falta algo alguna vez, ya sé a quién acudir. Vives justo encima de mí.

Me señaló su buzón y se alejó escaleras arriba, mirándome y sonriendo. Lamenté de veras no tener sal ni azúcar para prestar.